

minotauro

# WILLIAM GIBSON

MUNDO ESPEJO



# WILLIAM GIBSON

MUNDO ESPEJO

minotauro

*Mundo espejo*

© 2003 by William Ford Gibson  
Originalmente publicado como *Pattern Recognition*.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

© Traducción: Marta Heras, 2004  
Revisión a cargo de David Tejera Expósito

Diseño de cubierta: Opalworks BCN

ISBN: 978-84-450-0951-2  
Depósito legal: B. 2.574-2022  
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

# 1

## La página web de la noche terrible

Cinco horas de *jet lag*, y Cayce Pollard se despierta en Camden Town para hacer frente a los temibles depredadores de sus ritmos circadianos trastocados, dando vueltas y más vueltas.

Es esa antihora apagada y espectral, anegada de mareas límbicas, en la que el bulbo raquídeo se agita a capricho y transmite exigencias reptilianas inadecuadas de sexo, comida, sedación, o de todas ellas juntas; nada de lo cual es una opción posible en ese preciso instante.

Ni siquiera la comida, porque la cocina nueva de Damien está tan desprovista de contenido comestible como sus escaparates de diseñador en Camden High Street. Preciosa: los armarios superiores revestidos de contrachapado amarillo canario, los inferiores de impoluto color manzana lacado. Muy limpios y casi del todo vacíos, a excepción de un envase de cartón con dos pellas reseca de Weetabix y algunos paquetes sueltos de infusiones de hierbas. Nada en absoluto en la nevera alemana, tan nueva que el interior solo huele a frío y a monómeros de cadena larga.

En ese instante, mientras oye el ruido constante de Londres, sabe que la teoría del *jet lag* de Damien es correcta: que su alma mortal está a leguas detrás de ella, siendo abducida por algún cordón umbilical fantasma desde la estela desvanecida del avión que la ha traído aquí, a decenas de miles de metros sobre el Atlántico. Las almas no se mueven con tanta rapidez, se quedan rezagadas y, al llegar al destino, hay que esperarlas como maletas perdidas.

Se pregunta si es algo que empeora poco a poco con la edad: la hora innombrable más profunda, más vacía; su percepción más extraña y menos interesante a la vez.

Ahí, embotada en la semioscuridad del dormitorio de Damien, bajo algo plateado del color de los guantes de horno, que seguro que no crearon con la idea de taparse con ello para dormir. Se había sentido demasiado cansada para buscar una manta. Las sábanas que median entre su piel y el peso de ese cobertor industrial son sedosas, de algún hilo lujoso, y huelen un poco a Damien, supone. Pero no mal. La verdad es que no es desagradable; cualquier vínculo físico con otro mamífero le parece un plus en ese momento.

Damien es un amigo.

Pero su Lego chico-chica no encaja, como diría él.

Damien tiene treinta años, Cayce dos más, pero en él hay una parte de inmadurez aislada con minuciosidad, algo tímido y obstinado que asusta a la gente con dinero. Ambos han demostrado ser muy buenos en lo que hacen, sin que ninguno de los dos parezca tener la menor idea de por qué.

Si se busca a Damien en Google, se encuentra a un director de vídeos musicales y anuncios. Si se hace lo

propio con Cayce, el resultado será una «cazadora de tendencias», y si se mira con atención puede que se perciba la insinuación de que es una especie de «sensitiva», una zahorí en el mundo del marketing global.

Aunque, como diría Damien, la verdad es más parecida a la alergia: una reacción mórbida, violenta en ocasiones, a la semiótica del mercado.

Ahora Damien está en Rusia, huyendo de las reformas y, en teoría, rodando un documental. Cayce sabe que cualquier leve rastro de calidez que pueda tener el apartamento es obra de un ayudante de producción.

Se vuelve boca arriba y renuncia a esa parodia sin sentido de sueño. Busca la ropa a tientas. Una pequeña camiseta negra de chico de Fruit Of The Loom, muy encogida, un jersey fino y gris de cuello de pico, de los que compra de seis en seis a un proveedor de colegios privados de Nueva Inglaterra, y un par nuevo de 501 negros de una talla demasiado grande, con todas las etiquetas eliminadas con cuidado. Incluso se han pulido los botones hasta dejarlos lisos, sin ningún rasgo distintivo, por un cerrajero coreano desconcertado, en el Village hace una semana.

El interruptor de la lámpara de pie italiana de Damien le parece ajeno: un clic distinto diseñado para retener un voltaje distinto, la extraña electricidad británica.

Ya en pie, y mientras se enfunda los vaqueros, se estira y tiritita.

El mundo espejo. Los enchufes de los aparatos eléctricos son enormes y de tres clavijas, para un tipo de corriente que en Estados Unidos solo alimenta las sillas eléctricas. El interior de los coches está del revés, la izquierda a la derecha; los auriculares de los teléfonos

tienen un peso distinto, un equilibrio distinto; las portadas de las ediciones en rústica parecen papel moneda australiano.

Se mira con ojos entrecerrados en un espejo de verdad, con las pupilas doloridas de tan contraídas frente al halógeno brillante como el sol que hay apoyado en ángulo contra una pared gris, a la espera de que lo cuelguen. Ve en él una marioneta desarticulada de piernas negras, con el pelo de recién levantada, erizado como una escobilla de váter. Le hace una mueca al reflejo, mientras piensa por algún motivo en un novio que se empeñaba en compararla con un retrato de Helmut Newton de Jane Birkin desnuda.

En la cocina, abre el grifo, cuya agua corre a través de un filtro alemán, y llena un hervidor italiano. Juega con los interruptores: uno en la cacerola, otro en el enchufe, otro en la toma de corriente. Inspecciona con la mirada vacía la extensión color amarillo canario de armarios laminados mientras hierve el agua. Una bolsita de un sucedáneo de té importado de California en un gran tazón blanco. Echa el agua hirviendo.

En la habitación principal del apartamento, descubre que el fiel Cubo de Damien está encendido, pero en modo de espera, con el resplandor de luz nocturna de sus interruptores estáticos latiendo suavemente. Ahí se ve la ambivalencia de Damien por el diseño: no permitiría a un decorador pasar de la puerta a menos que acceda, básicamente, a no hacer justo lo que sabe hacer, pero se aferra a ese Mac porque puedes ponerlo patas arriba y sacarle las tripas con un pequeño tirador mágico de aluminio. Como los genitales de una de las chicas robot de su vídeo, ahora que lo piensa.

Se acomoda en la silla de respaldo alto del terminal de trabajo de Damien y hace clic en el ratón transparente. El balbuceo de los infrarrojos sobre la madera pálida de la mesa de caballete alargada. Se abre el navegador. Teclea Fetiche:Metraje:Foro, algo que Damien nunca agregará a favoritos, decidido a evitar la contaminación.

Aparece la página principal, tan familiar como el salón de un amigo. Un fotograma del n.o 48 sirve de fondo, oscuro y casi monocromo, sin ningún personaje a la vista. Es una de las secuencias que genera comparaciones con Tarkovsky. En realidad, ella solo conoce a Tarkovsky por algunos fotogramas, aunque es cierto que una vez se quedó dormida durante la proyección de *Stalker*, sumiéndose en una panorámica interminable mientras la cámara apuntaba directo hacia abajo, en primer plano, a un charco sobre un suelo de baldosas destrozado. Pero Cayce no está entre los que creen que puede llegarse muy lejos analizando las supuestas influencias del creador. El culto al metraje está plagado de subcultos que reivindican cualquier influencia imaginable. Truffaut, Peckinpah... Los seguidores de Peckinpah, incluso los más moderados, aún esperan a que saquen las pistolas.

Entra en el foro propiamente dicho y repasa de manera automática los títulos de los posts y los nombres de los remitentes en los temas más recientes, a la búsqueda de amigos, enemigos, nuevos. Pero algo está claro: no ha aparecido metraje nuevo. Nada desde esa panorámica de la playa, y no está de acuerdo con la teoría de que se trata de Cannes en invierno. Los locos del metraje franceses no han sido capaces de cotejarlo, a pesar de las interminables horas que han pasado grabando panorámicas en escenarios parecidos.



Ve también que su amigo Parkaboy ha vuelto a Chicago, de regreso de unas vacaciones a California en amtrak,<sup>1</sup> pero cuando abre su post ve que solo dice hola, literalmente.

Hace clic en «Responder» y escribe que es Cayce P.

Hola Parkaboy. nt.\*

Cuando vuelve a la página del foro, el post ya está ahí.

Ahora es como una especie de segundo hogar. El foro se ha convertido en uno de los lugares más fiables de su vida, como una cafetería conocida que existe de alguna forma fuera de la geografía y más allá de los husos horarios.

Puede que F:M:F tenga unos veinte participantes habituales, y un número mucho mayor e incalculable de visitantes. Ahora mismo hay tres personas chateando, pero resulta imposible saber quiénes son con exactitud hasta que entras, así que ya no encuentra tan reconfortante la sala de chat. Le resulta extraña hasta con amigos, como estar sentada en un sótano oscuro como la boca de un lobo hablando con la gente a unos cinco metros de distancia. La desaniman la velocidad frenética y la brevedad de las frases en la conversación, además de la sensación de que todo el mundo habla a la vez con propósitos enfrentados.

1. American Travel Track, sistema de servicio para pasajeros de ferrocarril en Estados Unidos. (*N. de la t.*)

\* Abreviatura de «no text», que se utiliza en los mensajes de los foros para indicar que no tienen más contenido que el que pone en el título del propio mensaje y así ahorrar a los lectores que lo abran. (*N. del ed.*)

El Cubo suspira suavemente y hace ruidos subliminales con la unidad de disco, como un deportivo antiguo que redujese la marcha en una autopista lejana. Prueba un sorbo del sucedáneo de té, pero todavía está demasiado caliente. Una luz gris e imprecisa empieza a inundar la habitación en la que está sentada y revela la parafernalia de Damien que ha sobrevivido a la reciente remodelación.

Unos robots a medio desmontar están apoyados contra una pared; dos de ellos, torsos y cabezas como de elfos, son sin duda maniquís para pruebas de accidentes. Se trata de unidades de efectos especiales de uno de los vídeos de Damien, y Cayce se pregunta por qué, con su estado de ánimo, los encuentra tan reconfortantes. Seguro que porque son bonitos de verdad, decide. Expresiones optimistas de lo femenino. A Damien no le va el kitsch de la ciencia ficción. Objetos de ensueño a la media luz del amanecer, con los pechos pequeños y relucientes, y el plástico blanco que brilla deslucido como mármol viejo. Pero son fetiches personales; Cayce sabe que los hizo vaciar de un molde del cuerpo de su última novia, hace ya dos novias.

Hotmail descarga cuatro mensajes, ninguno de los cuales le apetece abrir. Su madre, tres correos basura. El alargador de penes la persigue, dos veces, y «Aumente radicalmente el tamaño de su pecho».

Borra el correo basura. Bebe un sorbo del sucedáneo de té.

Contempla la luz gris que cada vez se parece más al día.

Finalmente entra en el cuarto de baño recién renovado de Damien. Da la impresión de que podría ducharse allí antes de visitar un cohete esterilizado de la

NASA o al salir de algún sitio como Chernóbil y ser despojada del traje de plomo por técnicos soviéticos con batas de hule, que después la restregarían con cepillos de mango largo. Los controles de la ducha pueden regularse con los codos, para mantener la desinfección de las manos bien frotadas. Se saca el jersey y la camisa y, usando las manos, no los codos, abre la ducha y regula la temperatura.

Cuatro horas después está sobre un reformador en un gimnasio de Pilates, en una callejuela de un barrio caro llamada Neal's Yard, mientras el coche y el chófer de Blue Ant esperan fuera, en como sea que se llame la calle. El reformador es un mueble muy largo, muy bajo y un tanto ominoso que evoca la época de Weimar, cargado de muelles, sobre el que ahora se reclina y hace la uve contra la barra para los pies de un extremo. La plataforma acolchada en la que está tendida rueda adelante y atrás por los carriles de hierro angular de la estructura, mientras los muelles se estiran y se comprimen vibrando suavemente. Diez así, diez con los dedos de los pies, diez desde los talones... En Nueva York lo hace en un gimnasio frecuentado por profesionales de la danza, pero ahí, en Neal's Yard, parece ser la única cliente esta mañana. Da la impresión de que han abierto hace poco; puede que estas cosas aún no sean demasiado populares aquí. Hay que tener en cuenta toda esa ingestión de sustancias arcaicas del mundo espejo, piensa: la gente fuma y bebe como si le sentara bien, y parece estar pasando aún por una especie de luna de miel con la cocaína. Ha leído que la heroína está más barata que nunca; el mercado sigue

saturado por la descarga inicial de reservas opiáceas afganas.

Tras acabar con los dedos de los pies, pasa a los talones y estira el cuello para comprobar que los tiene bien alineados. Le gusta el método Pilates porque no es algo meditativo, tal como ella entiende el yoga. Aquí se deben mantener los ojos abiertos y prestar atención.

Esa concentración combate la ansiedad que siente ahora, esos nervios antes de un trabajo que hacía tiempo que no notaba.

Ha ido por cuenta de Blue Ant. La agencia, relativamente pequeña en cuanto a personal fijo, de distribución global, más posgeográfica que multinacional, se ha presentado desde el primer momento como una forma de vida rastrera y de alta velocidad en una ecología publicitaria de herbívoros torpes y pesados. O quizás como una forma de vida no basada en el carbono, que hubiera brotado en su totalidad de la frente despejada e irónica de su fundador, Hubertus Bigend, un belga de nombre que se parece a Tom Cruise a dieta de sangre de virgen y bombones de trufa.

Lo único de Bigend que divierte a Cayce es que no parece tener la más mínima conciencia de que su nombre pueda parecer ridículo. Jamás. De otro modo, lo encontraría todavía más insoportable.

Es algo del todo personal, aunque a distancia.

No ha dejado de hacer talones, y consulta el reloj de pulsera, un clon coreano de un Casio G-Shock de la vieja escuela, con la carcasa de plástico lijada con un trozo de microabrasivo japonés para borrar los logotipos. Tiene que estar en las oficinas de Blue Ant dentro de cincuenta minutos.

Cubre la barra reposapiés con un par de almohadillas de gomaespuma verde y blanda, coloca los pies en posición con cuidado, los levanta sobre unos tacones de aguja invisibles y empieza sus diez ejercicios prensiles.